

Después del número inicial de presentación de estos *Papeles*, éste, el primero en sentido estricto, quiere rendir homenaje a un muy querido profesor para alumnos y compañeros de claustro de la primera hora de nuestra Facultad, y que hace pocos años falleció: Claudio Vilá Palá.

Don Claudio Vilá Palá (Claders 1918, Barcelona 1999), rostro fino, mirada inquieta, de prominente nariz, dinamizador de múltiples trabajos, reorientador de voluntades, de figura menuda, con un fuerte acento de su preciosa lengua materna, de andares rápidos, casi eléctricos, trabajador a todo tiempo, incansable... Un hombre bueno que permaneció entre nosotros desde septiembre de 1959 hasta los últimos días del curso 1975-76, una vez despachados los últimos exámenes y cumplimentadas las actas (nunca dejó nada sin rematar), y al que la Facultad de Pedagogía de la Universidad Pontificia de Salamanca debe mucho de lo que fue y de lo que hoy es.

Joan Florensa ha trazado un humanísimo “perfil biográfico” de don Claudio (Claudi Vilá i Palá, en su Cataluña), muy documentado y hecho con tanto cariño como objetividad en la *Revista de Ciencias de la Educación* y en una publicación del ICCE que reproduce lo anterior¹. Allí se ve al auténtico Vilá Palá: al hombre maduro que reconocía la deuda con su maestro de primeras letras (*Del meu Mestre en conserva no pocs records*), al joven que hizo suyas la laboriosidad y la tenacidad —dicen que algunos escapaban de él, porque a su incansable laborar añadía el reparto de trabajillos a diestro y siniestro— (*Era un trabajador incansable, imparable. No había quien pudiese estar quieto o inactivo a su lado*), al maestro exigente y estimado por sus alumnos que demostraba una enorme capacidad de organización e iniciativas, al anciano que, con achaques físicos, sufría además, con admirable fidelidad a la orden

1 J. FLORENSA, *Perfil biográfico del P. Claudi Vilá i Palá*, en VARIOS, *Claudio Vilá Palá. En su memoria*, Publicaciones ICCE, Madrid 2001.

Presentación

a que pertenecía, el dolor moral de desencuentros por asuntos internos, al avaro del tiempo porque éste era trabajo, y al hombre que, viendo la muerte cercana, nos dio una última lección de su humilde grandeza cediendo su cuerpo a la facultad de medicina de la Universidad de Barcelona para que los estudiantes y la ciencia se beneficiaran postreramente también de él.

Entre nosotros fue catedrático de Historia de la Educación, muy bien considerado, con una importante y cuantiosa obra publicada, y profesor de Teología de la Educación, materia que él propuso, defendió y alentó. Pero siendo esta tarea de importancia, no es la única. Su laboriosidad se extendió a las tareas de gestión de los estudios de pedagogía, entonces incipientes, no conociendo descanso en cargos de responsabilidad desde 1964 a 1976 de manera ininterrumpida (Decano adjunto de la Sección de Pedagogía, Secretario de la misma, Vicedecano adjunto y Vicedecano de la Sección). Durante esos años él promovió la *I Exposición Internacional del Libro de Educación* (de resonancias realmente internacionales), algo tuvo que ver con la gestación, en la Facultad de Pedagogía, de la Escuela Superior de Psicología (que después dio origen a la actual Facultad de Psicología) y a él se debió la creación de la entonces innovadora Escuela Superior de Expertos en la Formación de Adultos (ESEFA), institución que mereció la atención de la UNESCO, que mandó a Salamanca a un experto que supervisaba las actividades y servía de enlace. Y todavía tenía energía para la lucha por el reconocimiento oficial de los grados académicos, por la mejora de las aulas, de despachos y seminarios, de material, dotación de libros y presupuestos... Antiguas autoridades académicas hay aún vivas que le recuerdan como un torbellino imparable e incansable de demandas, iniciativas, proyectos y exigencias. No en vano, sino gracias a él, la Facultad gozaba entonces del mejor lugar de toda la Universidad para sus clases.

Sirvan para cerrar este retrato las palabras de Florensa: *Ni los títulos ni los cargos ni las obras realizadas mutaron su actitud de sencillez. Era humilde. Nada le engruyó. Fue pobre manejando mucho dinero con el que no se benefició. Debíó pasar mucho frío —Salamanca es ciudad fría— pero no usó jersey* (de lo que doy fe).

Siguen a esta semblanza y dedicación una nota del profesor Jorge Sans Vila, compañero tantos años de Don Claudio, y otra de José Luis Corzo Toral sobre la propuesta que hiciera en 1959 sobre la Teología de la Educación.